

Hambre



Te distraes mirando la calle por la ventana. Estás sentado en tu antiguo escritorio, en la casa de tus padres, que te invitaron a almorzar. Mientras está lista la comida deberías estar revisando los documentos que tienes que entregar al día siguiente, pero los restos de la borrachera de ayer no dejan que te concentres. Mirar hacia afuera hace al guayabo más tolerable que mirar la luz azul de tu portátil y prefieres dejar que tus pensamientos se escurran vagamente por tu cerebro adormilado a tener que pensar seriamente en tu trabajo. Mucho menos quieres intentar ordenar tus recuerdos de lo que pasó anoche, todo es una mezcla confusa de imágenes y una sensación definitiva de remordimiento cuya causa exacta aún no determinas. Así que observas a un hombre y una mujer sentados charlando sobre el murito de un jardín al otro lado de la calle frente a tu ventana. La calle es amplia y tiene relativamente poco tránsito de vehículos. Además tiene unos parches grandes y bien cuidados de césped. Es una calle perfecta para pasear perros o jugar a la pelota. Te imaginas que deben pasar unos cincuenta perros al día. ¿O estarás exagerando? Un schnauzer miniatura negro que no habías notado se asoma en medio de la pareja. El hombre toma un juguete y lo lanza a un lado. El schnauzer va por él, y repiten la dinámica varias veces. Parece que el hombre bota el juguete más en un intento de que el perro lo deje tranquilo que para realmente jugar con él. No entiendes la gracia de tener un perro, menos uno así chiquito y molesto. Si fueras a tener un perro, te gustaría que fuera uno de esos que al menos tienen una apariencia más o menos

¹ Imagen generada con NeuralBlender.com

distinguida o que sirven para algo, como los samoyedos con los que te topabas todos los días cuando vivías con tus padres. Eran dos perros grandes y blancos que veías al pasar camino al Transmilenio, sentados frente a una caseta al fondo de un parqueadero. Suponías que eran del cuidandero o del dueño del parqueadero. Te recordaban a esas estatuas orientales de perros-leones, o a un par de esfinges guardianas. A veces pasaban corriendo en frente de la casa, sin correa, recorrían parte de la calle y luego simplemente se devolvían por donde habían venido. Parecían un par de criaturas fantásticas paseándose a sí mismas. Tal vez por eso te gustaban, porque no parecían perros realmente.

Nunca tuviste un perro y no te llevas bien con ellos. Cuando piensas en los samoyedos, por ejemplo, desconfías de su aspecto noble y majestuoso, sientes que es un engaño con el que ocultan la misma realidad bruta y salvaje de todos los perros. La obediencia, la disciplina y la elegancia te parece tan solo una manera de fingir que no son demasiado ladrado, demasiado colmillo, demasiada brusquedad. Por eso, de pequeño les tenías miedo a los perros. Viste muchas películas que te los mostraban como el mejor amigo del hombre, pero nunca lo creíste por experiencia propia. Por ejemplo, tu papá y tú solían verse la película animada *Balto*, la historia de los perros de trineo que llevaron un cargamento de antitoxinas a una aldea en Alaska y la salvaron de una epidemia de difteria. Cuando se pierde el equipo que transporta la medicina, Balto, el heroico perro-lobo que le da el título a la película, usa su conexión con la naturaleza para rescatarlos. Te parece que los perros que conociste en la vida real cuando niño tenían poco que ver con Balto y los demás perros de Hollywood. Todos eran el mejor amigo de otro hombre, nunca el tuyo, o no eran amistosos en realidad. Por ejemplo, estaba

1. Cocoa, la labradora hembra color chocolate.

Junto con Luna, fue una de las dos perras que tus abuelos tuvieron cuando eras pequeño. Bueno, no podías quejarte demasiado de Cocoa, pues casi nunca la dejaban suelta. La mantenían en una perrera en el patio. Te deprimía el aspecto de aburrimiento que tenía ahí adentro, acostada y resignada al encierro. Cuando visitabas a tus abuelos te pedían que no te le acercaras, pues eso le hacía creer que la iban a dejar salir y quedaba toda inquieta. Tu tío José la quería mucho y la llevaba cuando podía a los paseos o a las visitas a la finca de tu abuelo. En la finca

siempre insistía en jugar a las escondidas con ella. Tú y tus primos debían dejar que Cocoa los olfateara un poco para luego esconderse entre el pasto alto de un potrero mientras que él le tapaba los ojos. Después de que se habían escondido, la soltaba y le decía “¡a buscar!” y Cocoa salía disparada a rastrearlos y encontrarlos. El juego te convertía en la presa de una cazadora que no lograbas ver. Te daba terror sentir el pasto moverse sin saber de dónde vendría Cocoa a toda velocidad. Odiabas que siempre te tumbaba y te pasaba por encima, por lo que dejaste de participar y preferías ver a tus primos jugar. A tu tío le fascinaba verla ir directamente hacia donde cada cual se había escondido para luego presumir el instinto y el talento de su perra. A diferencia de ti, él siempre fue amante de los perros, aunque paradójicamente fue él quien causó la muerte de Rosco, el primer perro guardián que tuvieron en la finca.

2. Luna, la labradora hembra color blanco.

Junto con Cocoa, fue una de las dos perras que tus abuelos tuvieron cuando eras pequeño. Cocoa era la favorita, porque era más juiciosa. Cuando eran más pequeñas cabían ambas en la perrera del patio, pero luego Luna creció y empezó a excavar y a dañar el piso, así que hubo que moverla a un rincón en el paso del garaje al patio. Un par de rejas puestas contra la pared en una esquina y listo. Luna vivía en medio de la oscuridad, entre trastes y herramientas. Odiabas pasar por ahí, pues era difícil maniobrar con las rejas, el piso podía estar sucio y Luna era muy alborotada, así que se te echaba siempre encima. A Luna básicamente le reprochabas la existencia: ¿por qué no te puedes quedar quieta? ¿por qué tienes que estar aquí? ¿por qué no puedes vivir en otro lado? No te gustaban los perros, pero algo te inquietaba de cómo tus abuelos los trataban. Amenazaban con pegarles o les pegaban realmente cuando se portaban mal. Habías intentado decirles algo al respecto, pero siempre respondían que había que hacerlo, porque de lo contrario no hacían caso. “No se te puede olvidar que son animales y no personas” te decía tu padre. No te terminaba de convencer. Sentías lo mismo con Rosco, el perro guardián de la finca de tu abuelo.

3. Sparky, el schnauzer miniatura gris.

Sparky era el perro de Daniel, tu mejor amigo del colegio. Te parecía un perro feo, con su color gris sucio y sus bigotes desagradables. Cada vez que ibas a su casa, el perro te recibía ladrando y gruñendo. Daniel disfrutaba ver tu tormento. Lo dejaba ladrar y morder tus zapatos y lo animaba cuando te atacaba. Odiabas a Sparky y te parecía que él también te odiaba. Un día por fin atravesó el material de tu zapato con un colmillo y, cuando sentiste que se clavó en tu pie, saliste corriendo a montarte sobre un sofá para alejarte de él. Mientras intentabas evitar los mordiscos, Daniel solamente se reía. Fantaseabas con que algo malo le pasara a Sparky. Tu papá te decía que no podías tenerles miedo a los perros porque ellos lo detectan y lo aprovechan, pero, por mucho que intentabas quedarte quieto dignamente y desafiar la amenaza canina, no cesaba. Así pasaba con Rosco, el perro que cuidaba la finca de tu abuelo.

Rosco era un perro criollo color marrón claro. Había cuidado la finca desde que tenías memoria. Lo mantenían amarrado con una cadena conectada a un tubito plástico que se deslizaba por un alambre cuando se movía, de manera que podía recorrer un área más o menos grande. Siempre que llegaban los recibía ladrando mientras jalaba la cadena lo que más podía. Rara vez lo soltaban de su puesto en la entrada de la finca, detrás de la casa donde dormía toda la familia, pero cuando lo hacían, corría a una velocidad impresionante hacia el frente de la casa y se ponía hiperactivo. Un día alguien lo soltó sin avisar y fue directamente a donde estabas jugando. Estabas agachado inventando historias con tus juguetes cuando lo viste corriendo hacia ti. Consideraste salir corriendo, pedir ayuda o esquivarlo, pero iba tan rápido que solamente alcanzaste a pararte. “No demuestres miedo” te repetías a ti mismo mientras que pensabas lo fácil que sería para Rosco derribarte con un empujón o arrancarte un pedazo de un mordisco. Te quedaste congelado mientras te daba vueltas saltando, esperando que te ignorara, pero, cuando su hocico encontró tu mano, intentó morderla. Quitaste la mano de inmediato y saliste corriendo hacia la casa llamando a tus papás para que te rescataran. No alcanzó a lastimarte, pero la sensación de sus dientes contra tu piel fue lo suficiente para que te recorriera un escalofrío y sintieras que tus piernas iban a dejar de sostenerte.

Rosco murió un mediodía en el que te disponías a salir de la finca a un río cercano con tu tío José y sus dos hijos. En realidad no tenías ganas de salir, pero tus primos te habían pedido que los acompañaras. Estabas sentado entre los dos en el puesto de atrás del Chevrolet Vitara de tus abuelos, esperando a tu tío, quien iba a manejar. Hacía calor y sudabas. No te habías echado desodorante ese día y sentiste que de ti emanaba un olor desagradable. No estabas acostumbrado a que te sucediera, solamente habías empezado a necesitar desodorante hasta hacía algunos meses. Tenías la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta y de que arrancaran pronto para que entrara algo de aire al carro, pero tu tío se estaba demorando. Entonces tu primo Camilo, que estaba sentado a tu izquierda, dijo con desespero:

—*Alguien* olvidó echarse desodorante de nuevo.

Te quedaste paralizado, apretando los brazos ¿tan mal olías? ¿Acaso te había pasado otro día y no te habían dicho nada? Camilo pasó su brazo por encima tuyo y le dio un pequeño empujón a su hermano Nicolás.

—¿Qué? ¿Yo? Hoy sí me eché.

—Ajá —respondió Camilo con incredulidad.

—¡De verdad!

Al parecer Camilo pensaba que el olor provenía de su hermano, pero te preocupó que tarde o temprano se diera cuenta que venía de ti, así que decidiste

1. Admitir que el olor era tu culpa y preguntarles a tus primos si tenían desodorante.

No era tan grave. Todavía alcanzabas a confesar la verdad y hacer algo para deshacerte del olor. Comenzaste a decir:

—En realidad el olor no es Nico, soy yo el-

Cuando se abrió la puerta del conductor y tu tío te interrumpió al montarse:

—Bueno ¿estamos listos muchachos? —y sin esperar una respuesta prendió el carro.

2. Bajarte del carro con una excusa cualquiera para ir a buscar un desodorante.

—Oigan esperen se me olvidó ir al baño —les dijiste preparándote para hacer las maromas necesarias para salir por una de las puertas delanteras — voy rápido antes de que salgamos.

—No, porfa, allá hay baños, —te pidió Nicolás — es que si se siguen bajando no vamos a salir nunca.

Ya tenías una pierna en la parte de adelante del carro cuando se abrió la puerta del conductor y tu tío se montó diciendo:

—¿Para dónde vas? Ya estamos listos, vamos de una vez que nos coge la noche.

Te tocó volver a tu asiento y él prendió el carro.

3. Apretar aún más los brazos y seguir haciendo como si nada.

Tal vez si mantenías los brazos bien pegados al cuerpo el olor no alcanzaría a salir. Cruzaste los dedos, esperando que tu tío apareciera pronto para que se movieran y empezara a entrar aire fresco que repeliera el olor. Te concentraste en tu respiración para enfriar tu cuerpo. Pasaron unos momentos de silencio incómodo y, cuando ya estabas a punto de rendirte y decidir bajarte de la camioneta, se abrió la puerta del conductor. Entró un poco de aire y comenzaste a sentir la sensación salvadora de la brisa. Tu tío se montó y prendió el carro.

Lo puso en primera, soltó el freno de mano y arrancaron con impulso por la subida hacia la salida de la finca. Fijabas una nota mental sobre conseguir un desodorante para la finca y no volver a confiar en tu organismo cuando, tras avanzar un par de metros, se oyó un aullido exasperado y Rosco salió corriendo de debajo del carro. Alguien lo había soltado y él, que no sabía temerle a los carros, se había atravesado. Tu tío iba despacio, así que no lo arrollaron, pero le aplastó una de las patas delanteras. Rosco corrió un poco por la bajada hacia la finca hasta que colapsó y se deslizó por la tierra. Quedó tumbado, agitando las patas

descontroladamente mientras chillaba. Tus primos y tú se bajaron del carro con tu tío, aturdidos por los aullidos de agonía, pero se quedaron perplejos ante la triste imagen de Rosco. Entonces llegó tu abuela con una jeringa que le aplicó al perro en el cuello mientras que tu tío lo sostenía. Los aullidos cesaron tan repentinamente como habían comenzado y Rosco se quedó quieto.

Pobre Rosco, piensas mientras ves a un hombre aparecer debajo de tu ventana y pasar la calle con un gran danés. Tampoco querías que se muriera, mucho menos así. Te impresiona pensar en lo rápido que dejó de estar vivo, en lo definitiva que fue su quietud. Sacudes levemente la cabeza como para pensar en otra cosa y te arrepientes de inmediato cuando sientes que empeora la migraña por la resaca. Te pasaste anoche, piensas. No logras recordar bien más allá de la segunda ronda de tequila en la discoteca. Fuiste con Simón y Mariana, amigos tuyos de toda la vida que últimamente andaban medio coquetos entre sí. Te das cuenta que ninguno de ellos te ha enviado un mensaje desde ayer y te da un mal presentimiento. Recuerdas que ellos estuvieron bailando juntos, que se avergonzaron cuando los viste dándose besos, que te sentiste solo y aburrido y... ¿qué más pasó? ¿Por qué te sientes tan mal? Se oyen ruidos desde la cocina que te distraen de tus esfuerzos por determinarlo. Una olla a presión pita y tus papás conversan sobre algo que no consigues entender. Desearías seguir en tu cama. Te hundes un poco en el asiento, olvidas la rumba de anoche y sigues observando el exterior. Afuera, el hombre del gran danés se cruza con una paseante, una mujer joven caminando junto a un pastor alemán. La reconoces por su saco largo y suelto estilo hippie, de esos que parecen hechos del mismo material que las hamacas. También lo usaba cuando la veías pasar viviendo todavía con tus papás, pero en ese tiempo habías visto que temprano en las mañanas llevaba ropa deportiva, específicamente unos leggings que te fascinaban. Es exactamente tu tipo, medio alterna, alta y delgada. El saco oculta sus curvas, pero al verla las imaginas, como si fueran un secreto que comparten. Eso sí, como ahora, lo que no cambia es su acompañante. Nunca le has hablado a ella por la aversión que sientes hacia su dichoso pastor alemán. A veces, cuando pasas cerca de perros ajenos o cuando visitas a alguien con perros, te ladran sin razón y no se calman hasta que te alejas. Presientes que tampoco le agradarías al pastor alemán e imaginas que eso arruinaría toda oportunidad de salir con ella, invitarla a tomar algo, enterarte de dónde vive... así que te contentas con mirarla a través del vidrio, desde el punto panorámico en el que te encuentras. Ella lleva una

pelota que lanza por un peatonal perpendicular a la calle para que su perro la persiga y la traiga de vuelta. Percibes una conexión particular entre ella y el pastor alemán, una relación que te imaginas que es igual para todas las mujeres con perros grandes. La pareja de la bella y la bestia, la princesa y el animal domado por la ternura. Ni se te ocurre que el pastor alemán puede ser hembra. ¿Por qué será que automáticamente piensas así? Tiene que ser culpa de Jack, el perro que había reemplazado a Rosco años atrás.

Jack era otro perro criollo que parecía una mezcla entre un pastor alemán y un rottweiler. En realidad no se llamaba Jack, pero lo recuerdas con ese nombre por un chiste de uno de tus tíos. Propuso llamarlo así para poder decir “Jack is perro” y que sonara como “Jack Sparrow.” Tu papá se encargó de conseguirlo después de que no hubiera perro en la finca por un tiempo. Decidió que, en cambio, se llamaría Tropi, pero para ti su nombre también fue Jack. Tu papá lo había adoptado con ya algunos meses de vida y, tras ponerle las vacunas necesarias, simplemente lo amarró en el puesto que antes había ocupado Rosco, con la misma configuración. Nadie se preocupó mucho por entrenarlo. Tu tío José lo intentó, pero como solamente visitaba la finca algunos fines de semana, no fue muy efectivo. De la disciplina básica, que supiera quién estaba a cargo y dejara de hacer daños si se le amenazaba, se encargaría Francisco, el cuidandero de la finca. Así creció Jack: amarrado, maleducado y solo, pues no había más perros en la finca y se peleaba con los perros de los alrededores.

Te parecía apropiado que compartiera el nombre con el pirata de las películas de Disney porque era un perro atrevido, enérgico y, francamente, arrecho. Cuando Jack llegó a la finca, ya habías crecido y no les tenías tanto miedo a los perros. Te acercabas a veces a acariciarlo y lo saludabas con un “hola Jackisperro”, pero prontamente dejaste de hacerlo después de que un día entrelazó las patas delanteras alrededor de tu pierna mientras que movía la parte trasera de su cuerpo rápidamente de atrás hacia adelante. Te retiraste de inmediato y te alejaste. Desde entonces no te le pudiste aproximar sin que, sin esperar un instante, hiciera lo mismo tan pronto estabas lo suficientemente cerca. Luego empezó a hacerlo sin que estuvieras a su alcance siquiera. Solamente hacía falta que te viera para que se moviera obscenamente como si se frotara contra el aire. Entonces dudaste de que fuera algo necesariamente sexual, podía ser un juego para él, o a lo mejor estabas interpretando mal el movimiento, pues para ti no tenía sentido que lo hiciera sin montarse sobre nada.

Decidiste darle otra oportunidad, como además no podías evitar sentir cierta curiosidad. Te acercaste lo suficiente como para que te viera sin que el largo de su cadena permitiera que te alcanzara. Comenzó a moverse como siempre de inmediato. Mantenía la cabeza agachada, el lomo encorvado y buscaba tu mirada con una mezcla de sumisión y ¿pena? Había algo de perverso en la manera en que parecía querer mantener el contacto visual. Ya estabas descartando tus sospechas de que no se tratara de algo sexual cuando te lo confirmó una forma de color rojo intenso asomándose por la entrepierna del perro. Una profunda incomodidad que se parecía mucho al miedo que te hacían sentir los perros cuando pequeño llenó tu cuerpo. ¿Estabas en peligro? ¿Sentías fastidio? ¿Odio? Solo sabías que querías que se detuviera, pero no te le ibas a acercar. Lo llamaste.

—¡Jack! Eeh.. ¡Tropi, no! ¡Quieto! ¡STAY!

Nada funcionaba, seguía moviéndose adelante atrás adelante atrás adelante y tú te sentías extrañamente usado, así que simplemente te fuiste rápido sin mirar atrás.

Al recordarlo te estremeces. La mirada y la disposición de ese perro te paralizaron como te paralizó ver a Rosco corriendo directamente hacia ti. No tienes idea de qué palabra usar para procesarlas. Lujuria es demasiado religiosa. Instinto de reproducción es demasiado científico. Es algo mucho más simple: hambre. Recuerdas el comportamiento de Jack como un hambre descontrolada, como evidencia del instinto más básico que borra el resto del mundo y se concentra solamente en la posibilidad de satisfacción. Es un hambre distinta, un hambre vergonzosa que sin embargo pide ser presenciada y compartida. De pronto entiendes a Tropi, tal vez demasiado, y entiendes tu aversión a los perros. Encarnan tu deseo, salvaje, torpe y feo, la imposibilidad de saciar hambres misteriosas y desconocidas que se refugian como nudos en la ingle. Son la determinación de la naturaleza de no ser ignorada. Se te viene a la mente un libro, *La llamada de la selva* de Jack London, que tu papá te leía para dormir cuando niño. Nunca lo terminaron y solamente recuerdas que se trataba de un perro que era robado de una casa lujosa y era obligado a endurecerse para sobrevivir. Como Balto, despertaba sus instintos naturales, pero no para salvar una aldea sino para volverse más fuerte, aguantar los castigos de los nuevos amos y vencer a otros perros en peleas a muerte. Tu papá referenciaba ese libro para hablar de la imprevisibilidad de los perros, decía que Tropi recibía la llamada de la selva todo el tiempo como se la pasaba escapándose.

A tu papá le parecía que Tropi era un perro maravilloso. Le encantaba que cuando lo llevaba a sus caminatas para revisar el ganado y ver el estado de los potreros, iba fielmente a su lado todo el camino. Bueno, casi todo. Cuando ya estaban llegando de vuelta a la casa Jack se escabullía por debajo de alguna cerca o se metía entre el bosque y se demoraba en volver. Pasaba lo mismo cuando Francisco lo soltaba. Las primeras veces desapareció por unos minutos, más adelante por horas y después empezó a irse por días enteros. Estás imaginando las travesuras en las que probablemente se metía Tropi cuando, de golpe, la voz de tu papá te saca de tu trance. Acaba de contestar una videollamada y habla fuertemente.

—¿Anda en la piscina? ¡No, qué delicia! ... ¿Y Martha está con usted? ... Uuy y qué tal el vestido de baño. Que lo muestre, una vuelta, una vuelta...

Oyes algo como una queja o un regaño de parte de tu madre. El sonido de la llamada se aleja hacia otro lado de la casa, las palabras se vuelven incomprensibles y tu migraña lo agradece. Dejas de prestar atención para seguir mirando por la ventana. ¿En qué pensabas? Ah sí, Tropi y sus desapariciones. Te lo recuerda la chica del pastor alemán cuando se agacha a consentir a su perro para luego desaparecer con él tras un edificio. Te imaginas a ti mismo yendo tras ella calle tras calle a ver si te enteras de cuál es su edificio para lograr hablarle alguna vez que decida salir sin el perro. Te das cuenta de lo ridículo que sería y te da vergüenza haberte quedado mirándola tanto tiempo. “La llamada de la selva,” te dices, “¿quién no la ha sentido? Los hombres no somos sino animales jalados por fuerzas brutas que hay que asfixiar para poder vivir como personas.” No sabes si los perros te disgustan más por recordarte esos impulsos o porque pueden entregarse a ellos más libremente que tú. Aunque ni para ti ni para ellos hay hambre sin consecuencias.

Afuera, en la calle, un hombre corpulento se sienta sobre el murito en el que antes estaba la pareja del schnauzer. Habla por teléfono y sostiene de la correa a un pitbull café con blanco que mira atento para todos lados, como precavido. “Consecuencias,” piensas, y de pronto vuelven a ti más detalles de la noche anterior ¿cómo fue que llegaste a tu casa? Recuerdas que pediste un taxi ¿con Mariana? Pero... mierda. Dejaron botado a Simón. Revisas tu celular. Tienes un mensaje nuevo de Mariana. “Tenemos que hablar de anoche, la cagamos muy feo.” Sientes que te falta aire y se te retuerce el estómago. O sea que Mariana y tú... Vuelve a vibrar tu celular, otro mensaje. “Ya Simón me avisó que está bien y en su

casa, pero porfa llámame cuando puedas que me siento muy mal con él.” La certeza de que cometiste un error irreparable te pega como un camión. Te atraviesa una angustia aguda y continuas organizando tus recuerdos de la rumba.

Anoche, Mariana, Simón y tú bebieron como no bebían hace rato. Llevaban mucho tiempo sin poder coordinar una salida juntos y se les fue la mano celebrando que por fin lo habían logrado. Recuerdas que Mariana y Simón llevaban toda la noche coqueteando como si fueran pareja y sentías que ibas de violinista hasta que se tomaron la segunda ronda de tequila. Tus amigos comenzaron a discutir por algo que no entendiste y Mariana decidió irse a estar con unas amigas que se había encontrado antes. Simón estaba enojado y se tomó con despecho sus propios shots y los que Mariana había dejado, pero fue incapaz de mantenerlos dentro de su organismo. Mariana ni se enteró y tú te tuviste que encargar de acompañar a Simón al baño. Estuvo metido en un cubículo unos buenos diez minutos y ya estabas perdiendo la paciencia cuando salió del baño pálido como un fantasma, pidiendo un lugar donde sentarse. Le compraste una botella de agua y lo acompañaste a un sillón sobre el que se desplomó y se quedó dormido. Te quedaste con él, mirando a la masa de gente bailar frente a ti mientras jodías con uno de los botoncitos de las hendiduras del sofá, dándole vueltas con los dedos. Una chica de pelo mono te había estado mirando de a ratos desde la pista de baile y estabas casi seguro de que te había guiñado el ojo antes de desaparecer detrás de un grupo de gente. Te comenzaste a desesperar. ¿Por qué tenías que cuidar a Simón? ¿No debería ser Mariana? ¿Acaso no habían pasado toda la noche besuqueándose? ¿Qué tan grave podía ser si lo dejabas ahí quieto? Recuerdas que te dijiste a ti mismo: “Una vuelta cortita a ver si encuentro a la que me hizo el guiño y vuelvo a revisarlo.” Te pusiste de pie y decidiste dirigirte hacia:

1. el bar.

Pensaste que, tal vez, la que te guiñó el ojo había ido por algo de tomar. Y, si no, al menos podías comprarte un trago. Llegaste al bar y no viste ni un rastro de la mujer, así que fuiste directo al plan B, pediste una cerveza y te apoyaste sobre la barra mientras estudiabas las diferentes áreas de la discoteca. ¿Se habría ido? Los efectos del alcohol y de las luces estroboscópicas distorsionaban los rostros de la gente y los hacían difíciles de detallar. De todas formas ya ni siquiera estabas

seguro de cómo se veía más allá del pelo mono. Suspiraste y pensaste que esa noche no estaba yendo como esperabas. Estabas contento de salir con tus amigos, pero a la vez te sentías como un cero a la izquierda. Y encima Simón se había pasado de tragos y tú no habías tenido éxito conquistando a nadie. Te morías por bailar y por no irte solo a casa.

—Hola ¿qué buscas? —dijo una voz desconocida a tu lado.

Por un instante te ilusionaste creyendo que la mujer que buscabas te había encontrado, pero luego te diste cuenta de que se trataba de un hombre. Apenas estabas entendiendo qué sucedía cuando sentiste una mano entrar a uno de los bolsillos de atrás de tu pantalón. ¿Te estaban robando? No, no tenías nada en ese bolsillo.

1.1 Te retiraste instintivamente de un salto.

—¿¡Qué putas!?! —exclamaste.

—Ay lo siento, malinterpreté-

No le diste tiempo de terminar de hablar y te alejaste de inmediato, sacrificando la cerveza que habías dejado sobre la barra. Tocaste tus bolsillos, no tenían nada raro. ¿El tipo había pensado que eras gay? ¿Qué había hecho que lo pensara? Te estremeciste y decidiste que ahora sí ibas con toda, a besarte con la primera que te mostrara el más mínimo interés para demostrarle al tipo que se había equivocado. Entonces viste a Mariana rotándose un cartón de aguardiente con sus amigas y haciéndote gestos de que te acercaras. Te dirigiste hacia ella.

1.2 Te quedaste quieto, sin saber cómo reaccionar.

—Por si estás aburrido con esto me contactas — dijo, dejó algo en tu bolsillo y sacó la mano acariciándote ligeramente. Se fue antes de que pudieras contestar.

—¿Qué...? — dijiste sin dirigirte a nadie en particular y sacaste lo que te había dejado. Era un portavasos de cartón con un número de teléfono escrito en la parte de atrás. ¿Pensó que eras gay? ¿Sería por algo de tu ropa? ¿O por tu comportamiento? Te sentiste molesto e incómodo, y aún más determinado a seducir a la primera que te mostrara al menos un poco de interés. Necesitabas reafirmarte y demostrarle al tipo que se había equivocado. Entonces viste a Mariana rotándose un cartón de aguardiente con sus amigas y haciéndote gestos de que te acercaras. Mecánicamente devolviste el portavasos a tu bolsillo y te dirigiste hacia ella.

2. la pista de baile.

Era el último lugar donde habías visto a la mona, así que parecía lógico que estuviera ahí. Navegaste por entre la gente, recibiste un par de codazos y te embutiste entre grupos buscando el tono de pelo que habías visto desde el sillón. Por fin lo encontraste al lado de la discoteca completamente opuesto a donde estabas antes. La chica bailaba de espaldas a ti con un grupo grande de personas. Te acercaste y le dijiste:

—Hola, no me diste tiempo de alcanzarte.

Pero cuando se volteó no era la misma que te había guiñado el ojo y el hombre que tenía al lado puso una cara como de que se te iba a ir encima. Quedaste frío y dijiste de inmediato:

—Perdón, perdón, te confundí con alguien más.

Te alejaste tan rápido como pudiste mirando para atrás para asegurarte de que el tipo no se fuera a ir detrás de ti, por lo que casi te estrellas con Mariana y sus amigas. Bailaban juntas y compartían un cartón de aguardiente.

3. la salida de la discoteca.

Después de todo, tal vez era un guiño de “me voy, sígueme” y todavía podías alcanzarla. Navegaste con dificultad entre la gente hasta que llegaste al espacio un poco más despejado de la salida sin haber encontrado a la chica. Te asomaste un poco por las puertas sin lograr ver a nadie que siquiera se le pareciera y un guarda te advirtió que si salías, tenías que volver a pagar el costo de la entrada para entrar de nuevo. Pensaste en salir y buscarla de todas formas pero nada te aseguraba que realmente se hubiera ido y fijo gastabas un montón de plata sin razón. Te devolviste por la pista de baile y buscaste sin éxito a la chica. Probablemente sí había salido y se te había escapado por completo. Te dirigías de vuelta al sillón sintiéndote vencido cuando te topaste con Mariana y sus amigas, que te recibieron ofreciéndote del cartón de aguardiente que compartían.

Te pasaron el aguardiente y te tomaste un trago grande que sentías que te hacía falta. Te sentiste un poco más animado. Las amigas de Mariana te parecieron lindas. Hablabas con ellas y, entre tragos de aguardiente, solamente podías pensar en sacar a bailar a una de ellas y ver hasta dónde llegaban las cosas cuando Mariana se pegó a ti y empezó a actuar cariñosamente. Se colgó de tu brazo, lo consintió y se apoyó en ti, tambaleándose. Estaba más ebria que tú, pero ya la estabas alcanzando. Te acercaste a su oído y le dijiste:

—Mari, es que Simón-

—Ay, no me hables de Simón —te interrumpió —si viniste pa’ acá es para estar conmigo.

—No, es que se-

—Chito —tomó el cartón de aguardiente, te lo puso en la boca para callarte y presionó para que botara un chorro que te pegó en la garganta y casi hace que te atragantes— bailemos más bien.

Te jaló hacia un lado y tú te dejaste llevar. De ahí en adelante todo se vuelve más confuso. El efecto del alcohol y tus ganas de estar con alguien te sobrecogieron. Recuerdas el olor de su perfume, el calor de su cuerpo a través de su ropa, su respiración pesada y lo inevitable que se sintió cuando sus bocas por fin se encontraron. Sentiste que desapareció el resto del mundo, Simón se convirtió en una memoria de una vida pasada y solo estaba

Mariana. Después, el interior de un taxi. Besos que pedían más besos que pedían manoseos por encima de la ropa que pedían jadeos y movimientos rítmicos y rigidez y humedad y más y más y más y luego nada.

De alguna manera llegaste sin Mariana a tu casa y colapsaste en tu cama sin siquiera cambiarte.

“Mierda...” piensas, “¿cuánto sabrá Simón? ¿Cómo habrá llegado a su casa?” Te tapas la cara con la mano y sostienes con ella la cabeza. El guayabo se mezcla con el remordimiento y el desespero que sientes contigo mismo. Piensas que tu estado es verdaderamente lamentable. Mariana y tú nunca habían pensado en ser nada más que amigos y ahora sientes que no lograrán volver a serlo. Ni hablar de Simón, que no va a querer volver a hablarte en la vida. Te quedas así un tiempo, con los ojos cerrados y la mandíbula apretada. Intentas buscar excusas, explicaciones, formas de que parezca menos grave. Juras que no vuelves a rumbeo, que no vuelves a tomar, que no vuelves a... Oyes ladridos afuera, en la calle, y la palabra “hambre” vuelve a aparecer en tu cabeza. “Monstruosa hambre,” piensas. No entiendes cómo te descontrolaste así y odias la parte de ti que lo causó. Quisieras poder sacártela, dejarla bajo llave. Piensas que el deseo es un vacío que nunca se llena. Que, como el hambre, cuando despierta es imposible distinguirlo de uno mismo, diferenciarlo del instinto más básico de supervivencia. Pero cuando duerme se siente ajeno, como una fuerza sobrenatural, parasítica e imposible de satisfacer. Si se alborota, se alimenta de lo que sea, sin darle importancia al orden del mundo que normalmente respetaría el organismo que controla. Siguen los ladridos. Levantas la cabeza y ves a un bulldog francés atrapado en un balcón estrecho, ladrándole a todo lo que se mueve debajo suyo en la calle. “Ayer fui un perro,” piensas, “ahora estoy perdido”.

Aún no le quieres responder a Mariana. Decides hacerlo después del almuerzo, pues te imaginas que no será una conversación fácil ni rápida. Qué horror, no te reconoces a ti mismo. Comienzas a imaginar lo que debe pensar Mariana de ti, pero resuelves aprovechar los momentos de relativa calma que te quedan antes de hablar con ella en vez de seguirla torturando. Oyes a uno de tus papás poniendo la mesa desde cocina e imaginas que no falta mucho para que esté la comida. Te esfuerzas por pensar en otra cosa. Afuera, una mujer grita

“¡Cookie, no!” y sale corriendo tras un perro. Vuelves a pensar en Jack, el perro de tu finca que desaparecía cada vez que tenía una oportunidad.

Después de sus escapadas Jack volvía sucio y muchas veces lastimado. Tu papá decía que era por irse a perseguir perras que llegaba todo maltrecho. Los dueños de las perras probablemente lo sorprendían y lo lastimaban. Una vez desapareció por más tiempo que nunca y volvió cojeando, con una herida larga y profunda en el muslo. Se le infectó, se enfermó grave y ya no lograba levantarse. Tu papá lo dio por muerto, así que comenzó a buscar otro perro. Uno de tus tíos se enteró de una camada de cachorros criollos y adoptaron una color café claro, que mantuvo en la ciudad por un tiempo mientras crecía y le hacía todas las vueltas de veterinaria. Optaron por llamarla Milú. Cuando por fin la llevaron a la finca, Tropi sorprendentemente había mejorado, había logrado incorporarse y caminar un poco, pero Milú fue su perdición. Ella llegó con moquillo y se lo pasó a Tropi como una maldición. El día después de la llegada de Milú, Tropi estiró la pata. Otro perro muerto en la finca, y Milú, chiquitica, parecía que tampoco iba a sobrevivir. Casi se hunden juntos. Aparece en tu mente la imagen de Mariana bailando pegada a ti, la sensación de la fricción entre sus cuerpos, pero las borras de tu cerebro. “No pienses en eso,” te dices, “vuelve a Tropi.”

Recuerdas que te tomó por sorpresa la muerte de Tropi. Tampoco creías que fuera a aguantar mucho con ese estilo de vida, pero sentías que ese perro y tú habían quedado conectados de alguna manera. Te enteraste que se había muerto cuando ibas camino a la finca con tu papá. Cuando llegaron lo viste tieso sobre un costal, con las patas amarradas para que fuera más fácil de cargar. Inerte, como un muñeco de trapo, como Simón tumbado sobre un sillón. Te sientes culpable, pero vuelves a alejarte de los recuerdos de anoche. En la finca, Francisco los estaba esperando para que lo movieran entre los tres. No esperabas que fuera tan pesado. Recordaste a Rosco y una vez más te sentiste desconcertado ante eso tan extraño que es un cadáver, con todas las formas y características de lo que fue pero sin vida, vacío. Llegaron al sitio que Francisco había escogido, marcado por un hueco empezado al pie de un árbol de mandarinas, entre unas yucas y algunos arbustos de flores. Cuando te disponías a dejar a Tropi adentro, Francisco te dijo que no estaba terminado, que tenía que ser mucho más profundo. Te sorprendieron el tamaño del hueco y el volumen de tierra que Francisco ya había sacado. La presencia tan fuerte de la muerte te impresionó, su peso, la cantidad de

espacio que exigía, su resistencia a desaparecer a pesar de ser literalmente una manifestación de la nada. Francisco le pidió a tu papá que lo acompañara antes de seguir con el entierro, pues tenía que comentarle unas cosas de una huerta que tenían ahí cerca. Decidiste

1. ayudar cavando mientras tanto.

¿Por qué no? Sentías una especie de responsabilidad. Le pediste a Francisco que te dijera si había alguna manera en particular en que debieras cavar y te explicó cómo usar la pala para separar la tierra y que fuera más fácil de sacar. En esas te quedaste por un tiempo. Dabas un golpe seco con la punta de la pala, la sacudías un poco y luego hacías un movimiento de palanca para sacar la tierra. Chizas, gusanos y escarabajos subterráneos quedaban a la intemperie con cada montón de tierra que sacabas. Se agitaban un poco y luego se volvían a enterrar frenéticamente. Las raíces quedaban desamparadas, tristes y torcidas, y salían algunas piedras que debías arrojar a un lado. Cavar tomaba más esfuerzo de lo que esperabas y te cansaste rápido, así que sacaste poca tierra, pero te sentiste satisfecho. No estabas seguro si te había servido para perdonar a Tropi o para pedirle perdón, pero te sentiste como si te hubieras reconciliado de alguna manera con él y contigo mismo. Volvieron Francisco y tu papá.

2. sentarte por un rato junto a Tropi.

Te acomodaste en el pasto al lado del costal, y pensaste en acariciar el cuerpo pero preferiste no hacerlo. Hacía un buen día. El sol calentaba el suelo y había silencio. Respiraste profundo. Conversaste con Tropi en tu cabeza. Intentaste imaginar a dónde iba cuando se escapaba, si tendría una novia por ahí, si en realidad no iba a buscar perras, en qué momento decidía que debía volver, si habría sido más o menos feliz, si tenía algo de malo seguir la natural inclinación con la que uno ha venido al mundo. ¿Será que Tropi te recordaba? ¿Te diferenciaba de tus primos? ¿Por qué no dudaba en abandonar el lugar donde tenía comida y refugio asegurados? ¿Se arrepentía de escaparse? Sentiste una añoranza extraña por cosas que nunca tuviste y que en realidad nunca te

importaron, como entrenar a Tropi, conocerlo bien y quererlo como a una mascota. Volvieron Francisco y tu papá.

3. ir con tu papá y con Francisco.

No tenías ganas de quedarte solo con el cuerpo y la tumba. No te gustaba cómo se sentía el ambiente y te hacía recordar lo incómodo que el perro te había hecho sentir. Fuiste con ellos y oíste a Francisco hablar sobre qué matas se estaban secando, cuáles había que trasplantar y cuáles iban bien mientras que intentabas no pensar en Tropi. Dieron un par de vueltas para mirar los árboles de fruta y los potreros cercanos y se devolvieron.

Francisco se quedó cavando el hueco y tú y tu papá le dijeron adiós a Tropi. No lograbas determinar si tu papá estaba triste o decepcionado o si no estaba muy afectado, pero sí parecía pensativo. Dijo que la muerte de Tropi era una lástima pues había sido muy buen compañero para caminar, pero hasta ahí. Milú sobreviviría inesperadamente y tu papá comenzaría a llamarla Milagros. A ella la vigilarían mucho más que a Tropi porque su salud era más o menos frágil y, sobre todo, porque si salía en el mismo plan que él terminarían con un montón de cachorros que no necesitaban. Piensas que hace rato no visitas la finca y sigues mirando por la ventana. Ves a un hombre intentando sacar una correa de la boca de un labrador negro, que le da vueltas y sacude la cola pensando que es un juego.

Te dan ganas de saber cómo está Milú y de escapar a la finca un tiempo para no tener que confrontar a tus amigos, pero, a la vez, imaginas a Mariana en su pinta de anoche y te antojas de volverla a ver. Te da vergüenza y no sabes si se lo podrías admitir, pero algo en ti tiene la esperanza de que ambos se olviden de Simón y vuelvan a encontrarse como anoche. Desconfías. Tienes que dejar de pensar con la entrepierna y despertar a tu cerebro adormilado por el guayabo para sofocar a ese instinto que solamente te va a llevar a más problemas. Tienes que tratarlo como un perro: [entrenarlo, aceptar las cagadas y no odiarlo por su naturaleza / tolerarlo e intentar entenderlo aunque su comportamiento te parezca irracional / dejarlo amarrado, reprimirlo y disciplinarlo con mano dura]. Te esfuerzas por mantener la cabeza fría, piensas en la inevitable conversación con Mariana y suspiras. Sientes olor a comida y en tu estómago se acentúa un vacío del que no te habías percatado. Ya es hora del

almuerzo. Llevas mucho tiempo mirando por la ventana atrapado en tus pensamientos. Tu papá se acerca a ver qué miras, justo cuando están pasando un par de paseadores de perros profesionales, con un grupo de unos ocho perros. Al verlos, tu papá suelta un bufido y apunta a dos huskies que uno de ellos lleva.

—Mira los perros de los trineos. Desperdiciéndolos acá caminando como señoritas por el asfalto.

No respondes. Tu papá y tú se quedan en silencio mirando el enredo de correas y perros que llevan los paseadores hasta que se salen del campo de visión que permite la ventana. Entonces dice:

—Venía a avisarte que ya casi está el almuerzo, pero voy a salir a comprar unos aguacates para acompañarlo.

Te deja solo de nuevo y se dirige a la puerta. Lo oyes abrirla y, antes de salir, exclama teatralmente:

—¡Voy y vuelvo, como dijo el hambre!

Poema

Cocoa:

La dulzura agazapada
solamente divierte
a las bocas cosquillosas

Luna:

Una luna oscura
en un cielo sucio
controla mareas inexplicables

Sparky:

Una furia ardiente

lanza mordiscos perdidos

para capturar el mundo

Admitir:

y con una fragancia torpe

confiesa su presencia.

Bajarte:

y donde no es recibida

crea rincones

y esconde su influencia.

Disimular:

y aparenta no existir

donde el viento

disipa el juicio.

Bar:

En el aire el sabor perdura.

Delata a la piel gustosa,

hostigada por el hambre

Pista:

Bailan lenguas.

Se enciende un secreto,
principio del hambre

Salida:

Entre vaivenes pulsa
la órbita infinita del hambre
como un juego sin final

Cavar:

y la vergüenza arde
hasta que la entierra
el tiempo.

Sentarte:

y la culpa timbra
hasta que la apagan
las palabras.

Irte:

y duele para siempre
el parasítico instinto.